

EL PRÍNCIPE DEL FAROL

Cuento del Farol 1º, 2º

Hubo una vez un orgulloso rey que gobernó sobre un gran y generoso reino al pie de una alta montaña frente al mar. Su castillo era fuerte y grandioso, hecho de mármol y granito y adornado con alfombras y cortinas importadas. Su reina era de igual grandeza que su esposo el rey. Tenían un solo hijo, un hijo que era muy diferente de su padre y su madre.

Hizo todo lo que se esperaba de un Príncipe - fue minucioso en sus estudios y formación - fue obediente y cortés - pero lo que lo separaba de sus padres y de toda la realeza, era su bondad. Era amable, con todos.

Esto era muy diferente del comportamiento habitual de la realeza. Reyes, reinas, príncipes, princesas, duquesas y todos los demás miembros de la realeza eran ciertamente grandes, confiados y educados, pero rara vez amables. Eso no se consideraba un rasgo de la realeza. El rey y la reina encontraron encantadora la amabilidad de su hijo, y la perdonaron como la simple locura de un niño. Pero a medida que crecía y su bondad crecía, empezaron a preocuparse.

Entonces un día, cuando el príncipe tenía 12 años, se fue con la Reina de vacaciones a su casa solariega junto al mar. El camino que llevaba al mar pasaba por campos abiertos donde se cultivaba el grano y pastaba el ganado. También era, sin embargo, donde muchos de los trabajadores del campo tenían sus pequeñas chozas - chozas hechas de pedazos de madera y arbustos - lugares miserables donde la gente apenas podía escapar de la humedad y el frío. Había lugares así en todo el reino, pero ninguno de ellos fue visto por la realeza. Ahora, como la Reina y el Príncipe viajaban por un camino donde había varias de estas miserables chozas, una comunicación les precedió que ordenaba que cada una de las chozas fuera retirada. Las vacas podían quedarse, los campos de trigo podían quedarse. Los campesinos bien vestidos y sanos podían quedarse, pero los pobres, enfermos y miserables necesitaban ser trasladados. Así que cuando la Reina y su hijo llegaron por este camino, todo lo que pudieron ver fue tierra de cultivo idílica y vacas felices.

Pero alguien fue pasado por alto. Era una trabajadora agrícola que estaba muy enferma y no podía caminar. Se había hecho una cama junto a una gran roca y se cubrió la cabeza con ramas de pino cortadas de los árboles cercanos. Cuando los soldados vinieron a limpiar las cabañas, los enfermos y los pobres, nadie se fijó en ella bajo las ramas de pino y se quedó. Cuando los soldados se retiraron, ella salió de debajo de sus ramas y comenzó a arrastrarse hasta el camino.

Cuando la carroza de la Reina pasó, tanto ella como su hijo pudieron ver a la desdichada mujer arrastrándose por el camino llamando a la carroza que necesitaba ayuda. La Reina cubrió los ojos de su hijo y exigió que la mujer fuera retirada. El príncipe, sin embargo, intercedió y suplicó a su madre que le diera a la mujer pan y ropa fresca. La Reina suspiró y le dijo a su hijo:

"Algún día serás Rey, es hora de que empieces a comportarte como tal". Todos tenemos nuestro lugar. Y el tuyo es no molestarte con una persona como ella."

El chico fue obediente e inclinó la cabeza, pero no estuvo de acuerdo con su madre. Sentía que su lugar era sin duda ayudar a esta mujer.

Días después regresaron a casa. El chico no podía dejar de pensar en la mujer enferma y una noche decidió ayudarla. Encendió un pequeño farol y en silencio fue a la cocina para conseguir pan y bebida y luego a los establos para conseguir un caballo. Luego, con su farol, salió de las puertas del castillo y se dirigió a los alrededores. Encontró el camino correcto y atravesó bosques y campos abiertos y luego llegó a una gran piedra, y aquí el Príncipe escuchó a alguien moverse y luego una voz:

"Déjame en paz, no he hecho nada"

El príncipe desmontó y se dirigió a la voz. Su farol iluminó la piedra y luego el rostro de la mujer. Ella estaba tendida en el suelo. Tenía una mirada desesperada y el Príncipe pudo ver que tenía frío y hambre. Su corazón casi se rompió al verlo. Se quitó la capa y la envolvió alrededor de ella. Luego puso el pan y la bebida delante de ella. Se arrodilló y con su cara cerca de la de ella dijo:

"Volveré. Traeré más comida y leña para el fuego. Lo haré...", pero no sabía qué más decir. Necesitaba tanto, pensó. Pero se paró y miró a su alrededor,

"¿Hay otros?"

Ella no le respondió cuando empezó a comer su pan con hambre, no necesitaba responder. Él podía intuir que había otros, muchos otros en la oscuridad. Miró a la mujer otra vez y dijo:

"Dejaré este farolillo. Enciéndelo mañana por la noche y te encontraré"

Luego cabalgó hacia la oscuridad y encontró el camino a casa. Pero no durmió esa noche. En su lugar, elaboró un plan para sacar pan, carne y mantas del castillo por la noche y entregárselas a los pobres sin que nadie se diera cuenta. Tomó la decisión de no dejar que sus padres o cualquier otro miembro de la realeza lo supieran. Creía que no lo entenderían y quizás incluso le impedirían hacerlo.

Pasó el día siguiente haciendo lo que siempre hacía, aprendiendo sus lecciones y practicando sus habilidades y comportándose como lo hacía la realeza. Pero esa noche, cogió su linterna y volvió al campo a regalar comida y ropa y esta vez se llevó otro farol más para irse con los pobres.

Y esto continuó todas las noches. Encontró a los enfermos y pobres y necesitados por los faroles que le guiaban y cada noche volvía al castillo para dormir unas horas antes de empezar su día como príncipe. Pudo guardar su secreto a los de la realeza con la excepción de su madre, la Reina. Aunque no sabía lo que hacía, sabía que estaba involucrado en algo extraño. Por un lado, encontró un alijo de muñecas de trapo hechas a mano y trozos de bordados y joyas de piedra. No lo sabía, pero eran regalos que los pobres le habían dado al Príncipe. También escuchó a sus sirvientes hablar de un hombre que había estado ayudando a los pobres. Se enteró de que el hombre se llamaba, "el Príncipe del Farol" y se preguntó: -

-¿Podría ser su hijo?

Después de unos años, el padre del príncipe, el rey, murió, y el Príncipe del Farol se convirtió en Rey. Su coronación fue más grande y de mayor alcance que ninguna otra anterior a él, no medida en pompa o finura, sino en amor. En el momento en que la corona se posó sobre su cabeza, hubo una gran ovación que sonó como:

-"*¡Hurra por el Rey del Farol!*" En ese momento la Reina miró a su hijo y vio que el amor del pueblo por su nuevo Rey era más poderoso que cualquier ejército, que cualquier bóveda de oro. Miró a su hijo, el Rey, y se inclinó. Estaba orgullosa de él y se sentía honrada de servirle.

Y el Rey del Farol era ahora capaz de mostrar una nueva forma de reinar, - una basada no en la fuerza y el orgullo, sino en la amabilidad y el servicio-

Y entonces, una noche cuando el Rey del Farol estaba despierto en su cama, maravillado por todo lo que había pasado, se levantó y fue a la ventana. Lo que vio fue un mar de pequeñas luces de linterna cubriendo las tierras. Cada una representaba a una persona que ya no estaba necesitada, sino que estaba lista para servir. Y había tantas luces como estrellas en lo alto, cada una con su propio brillo, pero todas en el mismo cielo.